

una para el Santo Padre. Pero, por esas cosas que suceden en la vida, esa postal no se llega a enviar por correo normal. Don Joaquín Alonso, sacerdote que acompañaba a don Álvaro en sus viajes y que la debía echar en un buzón, se olvida. Llega a Roma y se la encuentra en su maleta la noche que don Álvaro fallece.

Sin embargo, este hecho resulta providencial porque, antes de enviarla al Papa y ya fallecido don Álvaro, don Joaquín la fotocopia, y por eso tenemos el texto que le escribió: le suplica oraciones para ser fieles hasta la muerte en el servicio de la Iglesia y del Santo Padre... Y así fue: don Álvaro fue fiel hasta la muerte y el Santo Padre, agradeciendo esa fidelidad, fue a rezar ante sus restos mortales el día 23 de marzo a las 4 de la tarde, a la sede central del Opus Dei.

Fueron momentos intensos, llenos de emoción, en los que Juan Pablo II dedicó un rato a rezar ante el cuerpo exánime de este hijo fiel de la Iglesia. Un gran consuelo para todos los que estuvimos ahí presentes y para toda la Obra y un gesto realmente único de un amigo que quiere a otro amigo, que se acaba de marchar a la Casa del Padre.

## LA TAREA EDUCATIVA SEGÚN MONS. ÁLVARO DEL PORTILLO: TESTIMONIO Y REFLEXIÓN

*María Ángeles Vitoria*

Agradezco sinceramente la invitación a participar en esta Jornada celebrativa en honor de Mons. Álvaro del Portillo que, por la unidad que mantuvo con San Josemaría, es también una muestra más del cariño que los peruanos manifestaron al Fundador del Opus Dei, cuando pasó por estas tierras en 1974, acompañado de don Álvaro y del actual Prelado del Opus Dei.

Al pensar en Perú, junto con ese peculiar afecto que supieron dar al que años después conoceríamos como San Josemaría, viene a la mente espontáneamente el esplendor de los objetos dedicados al culto, aspecto en el que este país se presenta como Escuela del mundo.

Cuánta alegría tuvo San Josemaría al tocar materialmente el amor a Jesús en el ornato y belleza de los sagrarios y retablos, vasos sagrados y ornamentos. No sorprende, por eso, que pronunciase palabras de admiración por la riqueza espiritual de los peruanos, y también por la riqueza material, en parte todavía por explotar, de este país.

Perú evoca además la gran labor de



promoción humana, social y cristiana que se ha realizado en buena medida gracias al impulso de San Josemaría, de don Álvaro del Portillo y del actual Prelado del Opus Dei, Mons. Javier Echevarría, en sinergia con la correspondencia generosa de los peruanos.

Una riqueza que no ha quedado sólo en el país sino que ha proporcionado a muchos ciudadanos de diversas naciones del mundo ocasión de realizarse como personas en el servicio y el don de sí. Don Álvaro puso un interés particular en el impulso de este tipo de iniciativas, que ahora el Papa Francisco parece haber colocado en el corazón de su Pontificado.

No voy a tratar de la huella que han dejado en el Perú el paso de San Josemaría y el cuidado paternal de don Álvaro. No soy la persona indicada para hacerlo. Sin embargo, he querido hacer una breve referencia para agradecer –también personalmente– el fruto que dio –y sigue dando– el paso por estas tierras de dos grandes santos contemporáneos.

### **1. Una enseñanza en profunda sintonía con la de San Josemaría**

En este año celebramos el centenario del nacimiento de Álvaro del Portillo (1914-1994), y el reconocimiento público de su

santidad de vida con la ceremonia de la beatificación (Madrid, 27 de septiembre de 2014)<sup>1</sup>.

Muchos libros, artículos y relatos testimoniales han reconocido su destacada contribución al Concilio Vaticano II y a tantos ámbitos de la vida de la Iglesia, así como el papel que desempeñó junto al Fundador del Opus Dei como colaborador suyo y, a partir de la muerte de San Josemaría (1975), como su sucesor al frente de esta institución de la Iglesia.

Entre los numerosos temas a los que la vida y las enseñanzas de don Álvaro han aportado luces significativas y dimensiones de novedad, se encuentra el de la educación. Mi intervención se centra precisamente en la visión que don Álvaro tuvo de la tarea educadora, deteniéndome en algunos aspectos.

Antes de entrar de lleno en la exposición del tema, parece oportuno mencionar que la identificación de don Álvaro con el espíritu del Opus Dei aprendido directamente de san Josemaría fue tan íntima y profunda que, al hablar de cualquier tema, resulta impracticable tratar

---

<sup>1</sup> Algunas biografías y apuntes biográficos sobre don Álvaro: J. MEDINA, *Álvaro del Portillo, Un hombre fiel*, Rialp, Madrid 2012; A. DUCAY, *Álvaro del Portillo. Sembrador de paz y de alegría*, CDSCO, Lima 2014; S. BERNAL, *Recuerdo de don Álvaro del Portillo, Prelado del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1996; H. DE AZEVEDO, *Misión cumplida. Mons. Álvaro del Portillo*, Palabra, Madrid 2013.



de distinguir lo propio suyo de lo que fue herencia recibida de San Josemaría. «Quien ha conocido a don Álvaro –afirmaba el cardenal Gagnon–, ha visto siempre en él la personificación (realizada) del mensaje de santidad a través de lo humano predicado por san [entonces beato] Josemaría»<sup>2</sup>.

Desde que pidió la admisión en el Opus Dei en 1935, su vida no tuvo otro norte que el de ser y hacer el Opus Dei, con la conciencia clara de estar realizando así el querer de Dios en servicio a la Iglesia. Si la grandeza de una persona se ve por su misión y por la fidelidad con que la vivió, hay que decir que don Álvaro puso todos sus talentos y su fuerte personalidad al servicio de esta misión. Desde el primer momento de su elección como primer sucesor del Fundador del Opus Dei, se propuso ser el altavoz de san Josemaría, su sombra: «Querría que vierais en mis palabras el eco de las estupendas enseñanzas de nuestro santo Fundador»<sup>3</sup>. Así se expresó en una carta extensa que escribió a los fieles de la Prelatura con ocasión de la beatificación de san Josemaría. En esta misma Carta, decía:

<sup>2</sup> E. GAGNON, *Ricordo di mons. Álvaro del Portillo*, en V. BOSCH (editor), *Servo buono e fedele. Scritti sulla figura di Mons. Álvaro del Portillo*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2004, p. 39.

<sup>3</sup> Á. DEL PORTILLO, *Carta 19-III-1992*, n. 1, en Á. DEL PORTILLO, *Cartas de familia*, vol. 3, n. 291 (AGP, biblioteca, P17). La sigla AGP corresponde a Archivo General de la Prelatura.

«En la Carta que os envié después de la marcha al Cielo de nuestro Padre, os comentaba que había llegado el momento de la fidelidad. Después, en septiembre de ese mismo año, al ser elegido para suceder a nuestro Fundador, os repetía lo mismo: fidelidad, fidelidad. Y en todos esos años no he hecho otra cosa que pedir al Señor y pedirlos a cada una y a cada uno que seamos fieles. Esta palabra lo resume todo, porque ser fieles a nuestra vocación es ser santos, amar a Cristo con locura cada día mayor, contagiar ese amor a otras almas y cumplir en todo la voluntad de Dios que nos ha llamado desde la eternidad para *ser* Opus Dei y *hacer* el Opus Dei.

Ahora, en este momento crucial de la historia de la Obra, ruego intensamente al Señor que todos sepamos entender que la Beatificación de nuestro Fundador representa, para cada una y para cada uno de nosotros, una nueva exigencia de fidelidad plena al espíritu que Dios le entregó y

que ahora está en nuestras manos»<sup>4</sup>.

En muchas ocasiones, le escuché expresiones semejantes a la que escribió en una Carta fechada el 9 de enero de 1980, cuando se aproximaba el 50 aniversario de la fundación de la Sección de mujeres del Opus Dei:

«Hijas e hijos de mi alma, permitidme que os haga una confidencia: yo no vivo más que pensando en nuestro Padre [san Josemaría] -en como serle más fiel- y en vosotros, en como ayudaros a ser más santos»<sup>5</sup>.

Uno de los biógrafos de Monseñor Álvaro del Portillo, con expresión acertada, escribe:

«El único cuidado de don Álvaro hasta que el Señor le llamó a Sí fue la más estricta y generosa fidelidad al servicio de la Obra, tal como Dios la mostró a San Josemaría. Nada hizo que no estuviese en la mente del Fundador y todo lo hizo

según su mente»<sup>6</sup>.

Fidelidad es, por tanto, la palabra que puede resumir todo lo que nos enseñó, y la que compendia el principio inspirador de su labor pastoral. Así lo expresó Mons. Javier Echevarría, en el Discurso pronunciado durante el Acto académico en homenaje a don Álvaro en la Universidad de Navarra.

«Fidelidad: éste es sin duda el mejor resumen de la vida de Álvaro del Portillo, y la explicación más cabal de la honda huella que ha dejado en la Iglesia, en el Opus Dei y, por tanto, en la Universidad de Navarra. Fue siempre un hombre fiel hasta el heroísmo: fiel a Cristo, fiel a la Iglesia, fiel al soplo del Espíritu, fiel a la misión apostólica que el Beato Josemaría le transmitió. Puso sin reservas al servicio del gran ideal cristiano todas sus dotes humanas: gran profundidad intelectual, prestigio científico y personal bondad y sencillez de ánimo y capacidad de trabajo».

<sup>4</sup> Á DEL PORTILLO, *Carta*, 19-III-1992, n. 6, en Á. DEL PORTILLO, *Cartas de familia*, vol 3, n. 296 (AGP, biblioteca, P17).

<sup>5</sup> Á. DEL PORTILLO, *Carta*, 9-I-1980, n. 42, en Á. DEL PORTILLO, *Cartas de familia*, vol 2, n. 286 (AGP, biblioteca, P17).

<sup>6</sup> H. DE AZEVEDO, *Misión cumplida. Monseñor Álvaro del Portillo*, cit., p. 223.



## 2. Una aclaración metodológica

Otro aspecto que interesa señalar se refiere a los límites dentro de los cuales se mueve mi intervención. La perspectiva es principalmente la de una experiencia personal, pues trataré de reflejar algunos aspectos del influjo que ha tenido don Álvaro en la actividad docente que desempeño desde hace casi 40 años.

Se ha dicho con razón que la biografía de una persona queda muy principalmente señalada por los encuentros que han acontecido en su vida. Y se ha afirmado también que el motivo más profundo está en que, desde la Encarnación del Verbo, la lógica del encuentro se ha convertido en la vía privilegiada para conocer la verdad y el bien y para sentirse movido a realizarlos en la propia vida. Efectivamente, toda nuestra fe, todo lo que comporta el acontecimiento cristiano, se basa, en último término, en el testimonio de un encuentro: el que tuvieron algunos hombres y mujeres con el Señor resucitado; y a partir de entonces, en el testimonio que de ese encuentro fueron dando a otros los Apóstoles y los discípulos; y así, hasta nuestros días<sup>7</sup>.

<sup>7</sup> Cfr. C. CAFFARRA, *In memoria di don Álvaro*, en V. BOSCH (editor), *Servo buono e fedele. Scritti sulla figura di Mons. Álvaro del Portillo*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano, 2001, p. 44. En esta obra se recoge el Discurso de Mons. Caffarra con ocasión de la presentación del libro de S. Bernal, *Álvaro del Portillo, Prelado del Opus Dei*, que tuvo lugar el 15 de diciembre de 1997.

Sitúo mis encuentros con don Álvaro dentro de este marco.

Después de cursar Ciencias biológicas me trasladé a Italia el 3 de septiembre de 1974 para incorporarme al Colegio Romano de Santa María, un Centro Internacional de Estudios erigido por san Josemaría el 12 de diciembre de 1953, con la finalidad de completar la formación filosófico-teológica, espiritual y apostólica de mujeres del Opus Dei provenientes de todo el mundo<sup>8</sup>. El Colegio Romano tenía entonces su sede en Villa delle Rose (Castelgandolfo), donde funcionaba también el *Istituto Internazionale di Pedagogia* (o *di Scienze dell'Educazione*), constituido como sección en Roma de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra el 24 de octubre de 1964<sup>9</sup>. Cuando en 1977 completé los programas previstos, la Dirección del Centro Internacional de Estudios me ofreció la posibilidad de quedarme a trabajar como profesora de algunas materias de Pedagogía y Filosofía,

<sup>8</sup> Cfr. M.I. MONTERO, *L'avvio del Collegio Romano di Santa Maria*, «Studia et Documenta» 7 (2013), pp. 259-319. El artículo explica y documenta el proyecto del Fundador del Opus Dei sobre este centro de formación. Cfr. A. SASTRE, *Tiempo de caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 1985, pp. 432-434.

<sup>9</sup> Cfr. A. SASTRE, *Tiempo de caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, cit., p. 480. El Instituto Internacional de Ciencias de la Educación cesó en sus funciones el año 1989. Tres años después, en 1992, el Colegio Romano de Santa María se trasladó a su actual sede, Villa Balestra, en Roma.



tarea en la que he continuado hasta el presente. Don Álvaro seguía muy de cerca el trabajo docente y de formación de este Centro Internacional. Profesoras y alumnas recibimos así la riqueza que proviene del encuentro con personas de gran espesor humano y cristiano.

¿Qué poso ha dejado don Álvaro en la actividad docente de las personas que trabajaron desde 1975 hasta 1992 en el Centro Internacional de Estudios Villa delle Rose y, desde 1992 hasta 1994 en su nueva sede, Villa Balestra? He tratado de responder a esta pregunta en primera persona, con inmediatez y, a continuación, ordenar esas ideas y conceptualizarlas. Resulta claro que con esta metodología no pretendo ofrecer una visión completa de su aportación ni de su influjo en la labor de educación y de enseñanza. Soy plenamente consciente que elementos importantes quedarán tácitos o inexpresados. En contrapartida, la verbalización de una comprensión vital, aunque sea limitada, podrá, quizás, sacar a la luz matices que una exposición sistemática dejarían más en penumbra.

La primera vez que vi a don Álvaro en Villa delle Rose, siendo ya profesora en el Instituto Internacional de Ciencias de la Educación, fue el 12 de diciembre de 1977. Aproveché la ocasión para agradecerle seguir un tiempo más en Roma con la posibilidad de colaborar en la formación de

tantas personas de diversos países. Lo comenté mientras caminaba con don Álvaro por el pasillo que conducía hacia donde iba a tener lugar la reunión con las alumnas y profesoras. Sin detenerse, me dijo: «A trabajar con garbo. A trabajar con garbo». En la reiteración de la frase percibí inmediatamente que se trataba de algo que me debía quedar bien grabado.

Aunque el significado de la palabra “garbo” me resultaba conocido, consulté el Diccionario de la Real Academia Española: tenía experiencia de que los buenos diccionarios suelen revelar matices importantes de lo ya sabido. En efecto, “garbo” equivale a la gracia y perfección que se da a algo. El Diccionario recoge, además, otras acepciones: desinterés y generosidad, gentileza, esplendor; realizar algo con brío y amabilidad<sup>10</sup>.

Como sospechaba, no era la de don Álvaro una frase dicha como “de paso”, o sin mayor trascendencia. Encerraba todo un programa. Un proyecto que en los años sucesivos, en el seguimiento cercano que dio al trabajo realizado en el Centro Internacional de Estudios Villa delle Rose y

<sup>10</sup> Don Álvaro expresó la misma idea, aunque con palabras algo diferentes, en una carta que escribió a la Universidad de Navarra en el año 1980: «Y a seguir trabajando con tesón y con gran rectitud de intención, que las almas nos necesitan» (citado en N. LÓPEZ MORATALLA, *La figura humana de Mons. Álvaro del Portillo*, en J. ECHEVARRÍA – N. LÓPEZ MORATALLA – P. RODRÍGUEZ – A. LLANO (editores) *Homenaje a Mons. Álvaro del Portillo*, cit., p. 50).



luego en Villa Balestra, fue glosando con su vida, su enseñanza y sus orientaciones.

### 3. Una educación planteada desde su perspectiva más radical

Es ahora el momento de explicitar qué visión ha transmitido don Álvaro de la naturaleza y alcance de la tarea docente a quienes nos dedicábamos a ella, qué horizontes ha abierto, en cuáles aspectos ha insistido mayormente.

Me centraré principalmente en aspectos de la formación intelectual y, más concretamente, de la formación filosófico-teológica. Previamente interesa considerar con brevedad el marco en el que don Álvaro encuadraba la totalidad de la tarea educativa. Puedo decir que, en continuidad con la tradición cristiana y con el espíritu de san Josemaría, pensaba en la educación desde su perspectiva más profunda y radical, la de la vocación personal que cada uno ha recibido y tiene que realizar<sup>11</sup>.

<sup>11</sup> Sobre este tema concreto en san Josemaría, me permito remitir a mi trabajo, *L'éducation au service de la vocation divine de l'homme selon Saint Josémaría Escrivá*, en H. PASQUA (dir.) et M.T. BELLOCQ (coll.), *Éducation et éducateurs chrétiens*, L'Harmattan, Paris 2013, pp. 185-218. El estudio más amplio que conozco sobre la educación en san Josemaría es el de F. PONZ PIEDRAFITA, *La educación y el quehacer educativo en la enseñanza de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, en *En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, en A. DEL PORTILLO

En efecto, si educar, en el sentido más amplio del término y de acuerdo con la acepción greco-socrática, significa llevar al hombre a ser "sí mismo", es decir, ayudarlo a alcanzar la perfección que como hombre le corresponde, después de la Encarnación, esta perfección, por querer gratuito de Dios, está en el vivir en comunión con Él como hijos suyos en Cristo<sup>12</sup>. En consecuencia, el cristianismo ha dado un relieve aún mayor a la acción educadora, entendiéndola como colaboración con la gracia y con la libertad del educando para ayudarlo a realizar el sentido pleno de su existencia, es decir, su vocación personal. En la pedagogía cristiana, la acción educativa se cumple plenamente cuando se configura como ayuda para que cualquier hombre o mujer aprenda a vivir como hijo de Dios en el propio y peculiar itinerario de su existencia.

El núcleo del mensaje del Opus Dei –la llamada universal a la santidad, verdad evangélica que san Josemaría percibió con particular profundidad– hace referencia precisamente al sentido vocacional cristiano de la existencia, es decir, a la llamada divina dirigida a todos los hombres a ser y a vivir como hijos adoptivos de Dios en Cristo<sup>13</sup> y,

– F. PONZ – G. HERRANZ, *En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, Eunsa, Pamplona 1976, pp. 61-132.

<sup>12</sup> Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. Dog. *Dei Verbum*, n. 2; Const. Past., *Gaudium et spes*, n. 19; Decl. *Gravissimum educationis*, nn. 1-3..

<sup>13</sup> «Esa es la gran osadía de la fe cristiana: proclamar el valor y la dignidad de la humana naturaleza, y afirmar que, mediante la gracia que nos eleva al orden sobrenatural,



más concretamente, al designio de Dios sobre el modo singular -propio de cada uno- de recorrer el camino común de la santidad<sup>14</sup>. Ese desvelarse del querer eterno de Dios sobre el sentido total y concreto de la propia existencia, que ha de realizarse con la colaboración de nuestra libertad, es lo que llamamos vocación personal. De ahí que se constituya como la realidad determinante de la vida de cada uno. Aunque la existencia -el nacer- sea cronológicamente anterior, la vocación personal tiene prioridad absoluta, por ser determinante del mismo existir<sup>15</sup>: porque cada hombre es aquello para lo que Dios lo ha creado, la vida humana adquiere todo su sentido al ir conociendo y realizando libremente esa voluntad divina.

A don Álvaro que, siguiendo a san Josemaría tuvo una percepción fuerte del sentido vocacional del bautismo y, en continuidad con ella, de la vocación

---

hemos sido creados para alcanzar la dignidad de hijos de Dios. Osadía ciertamente increíble, si no estuviera basada en el decreto salvador de Dios Padre, y no hubiera sido confirmada por la sangre de Cristo y reafirmada y hecha posible por la acción constante del Espíritu Santo» (SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, Rialp, Madrid 1973<sup>6</sup>, n. 133).

<sup>14</sup> «Con la vocación personal Dios llama a cada hombre y a cada mujer a vivir el cristianismo de un determinado modo» (F. OCÁRIZ, *La vocación al Opus Dei como vocación en la Iglesia*, en P. RODRÍGUEZ - F. OCÁRIZ - J.L. ILLANES, *El Opus Dei en la Iglesia*, Rialp, Madrid 1993, p. 144; cfr. p. 137).

<sup>15</sup> Dios llama «a la existencia y a la santidad, precisamente porque la santidad constituye la finalidad de la existencia» (F. OCÁRIZ, *Naturaleza, gracia y gloria*, Eunsa, Pamplona 2000, p. 231).

personal, le gustaba enfatizar esa realidad. En una carta dirigida a los fieles de la Prelatura, afirmaba:

«Hijas e hijos míos, también a nosotros nos ha elegido Dios "antes de la creación del mundo, para que seamos santos y sin mancha en su presencia, por el amor; y nos predestinó a ser hijos adoptivos por Jesucristo" (Ef 1,4-5). ¡Antes de la creación del mundo, nos ha destinado Dios a ser santos! Primero nos ha elegido y después nos ha creado para cumplir esa llamada. La elección precede nuestra existencia; es más, determina la razón de nuestra existencia. "Podemos decir -enseña el Papa [Juan Pablo II]- que Dios *primero* elige al hombre, en el Hijo eterno y consustancial, a participar de la filiación divina, y sólo *después* quiere la creación, quiere el mundo" (Juan Pablo II, *Discurso*, 28-V-1986, n. 4)»<sup>16</sup>.

Y para ayudar a una comprensión más cabal de esta realidad, descendía a

---

<sup>16</sup> Á. DEL PORTILLO, *Carta* 19-III-1992, n. 11, en Á. DEL PORTILLO, *Cartas de familia*, vol 3, n. 301 (AGP, biblioteca, P17).



ejemplos gráficos. «Cuando un carpintero construye una silla, fabrica todos los elementos necesarios –las patas, el asiento, el respaldo ..., más o menos ricos, de madera buena o modesta– para que la gente se pueda sentar. Si la silla fuera capaz de pensar y decidir su existencia, lo mejor que podría hacer es llevar a cabo su misión: servir de asiento. Pero también se podría rebelar y colocarse patas arriba. No por eso dejaría de ser una silla pero su existencia se transformaría en un absurdo. Quizá alguna de sus cualidades serviría para algo –por ejemplo, para colgar una chaqueta en una pata–, pero no para sentarse.

Ya me entendéis lo que quiero decir, con las limitaciones propias de un ejemplo. Dios nos ha creado, y nos ha formado y nos ha tallado como convenía a la vocación que antes, desde la eternidad, nos había concedido y sólo en el cumplimiento de esa vocación encuentran pleno sentido todos los talentos

–pocos o muchos– que nos ha otorgado»<sup>17</sup>.

Don Álvaro pone aquí en evidencia la perspectiva más radical y unificante de la biografía personal: ver la vida y todo el acontecer desde el prisma de la vocación. Cuando este punto de mira se aplica a la educación, al no dejar nada fuera de él, permite abrazarla desde su raíz y en todos sus aspectos, sin reduccionismos, sin atomizarla en objetivos inconexos<sup>18</sup>. Un programa que, sin forzaduras, puede asimilarse al empeño por alcanzar la unidad de vida, realidad que san Josemaría vivió y enseñó con extraordinaria originalidad<sup>19</sup>. Unidad de vida que consiste, en último término, en procurar que todas las acciones, aunque se desarrollen en diferentes planos, no constituyan “mundos separados”, porque en todas ellas se busca, de un modo

<sup>17</sup> Á DEL PORTILLO, *Carta 19-III-1992*, n. 13, en *Cartas de familia*, vol 3, n. 303 (AGP, biblioteca, P17).

<sup>18</sup> Cfr. P. RODRÍGUEZ, *Vocación, trabajo, contemplación*, Eunsa, Pamplona 1987<sup>2</sup>, pp. 15-35.

<sup>19</sup> Sobre la unidad de vida en san Josemaría remito a: I. DE CELAYA, *Vocación cristiana y unidad de vida*, en A. SARMIENTO (editor), *La misión del laico en la Iglesia y en el mundo*, Eunsa, Pamplona 1987, pp. 951-965; R. LANZETTI, *L'unità di vita e la missione dei fedeli laici nell'Esortazione Apostolica 'Christifideles laici'*, «Romana» IX (1989), pp. 300-312; L. POLO, *El concepto de vida en Mons. Escrivá de Balaguer*, «Anuario Filosófico» XIII (1985), pp. 9-32; D. LE TOURNEAU, *Las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer sobre la unidad de vida*, «Scripta Theologica» 31 (1999), pp. 633-676. Un escrito más reciente es el de E. BURKHART – J. LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de san Josemaría. Estudio de Teología espiritual*, vol 3, Rialp, Madrid 2013, pp. 617-653.



u otro, la perfección definitiva, la identificación con Cristo. Procurar la unidad de vida expresa, por tanto, la lógica más unificante del proceso educativo, que trata de llevar todo hacia la perfección definitiva que es la santidad<sup>20</sup>.

Esa unidad no se contrapone al hecho de que, necesariamente, la formación haya de diversificarse en aspectos, como enseñó también San Josemaría. En su testimonio sobre el Fundador del Opus Dei, Mons. Javier Echevarría expone que «san Josemaría desgranó esa labor de formación que se debía impartir en la Obra en cinco facetas: el aspecto humano, el espiritual, el doctrinal-religioso, el apostólico y el profesional». Y continúa afirmando que «Mons. del Portillo siguió esta misma línea, subrayando, además, que esos cinco campos “se complementan, hasta el punto de que sería una imprudencia descuidar alguno, porque quedarían comprometidos los otros. Se hizo portador de este tesoro y quería que, quienes se ocuparan de la labor formativa, tuviesen muy en cuenta que no es prudente

<sup>20</sup> «La consideración de la unidad de vida del cristiano es una constante de las enseñanzas de Mons. Escrivá. No es posible separar en el hombre la dimensión sobrenatural de la humana, la vida espiritual y las actividades materiales, la luz de la fe y las actividades profesionales» (A. DEL PORTILLO, *L'Università nel pensiero e nell'attività apostolica di Mons. Josemaría Escrivá*, Discurso pronunciado en el Congreso UNIV'92, con ocasión del XXV aniversario de los Congresos UNIV, 13 de abril 1992, en «Romana» VII (1992) 14, p. 107).

desatender ninguna de esas facetas”»<sup>21</sup>.

La perspectiva vocacional ilumina también la acción del educador. En este sentido, algunas de las mejores obras contemporáneas sobre la naturaleza y finalidad de la educación, que se mueven en el surco de la tradición clásica y cristiana, están en sintonía con esa raíz vocacional de la existencia cuando configuran la acción de educar como una ayuda o colaboración que se presta a quien se desea formar para que llegue a realizar el proyecto que ha determinado su existir<sup>22</sup>. Este enfoque facilita que el educador se sitúe dinámicamente de la manera más precisa y eficaz, en un segundo plano, que es el que le corresponde, facilitando la recepción de la llamada y la respuesta, pues es siempre el educando quien debe libremente responder.

De este modo, la ayuda educativa queda cualificada en su más alto grado, como contribución en el descubrimiento del plan de Dios para el educando y a su progresiva consecución. Con esto se aleja el peligro –siempre cercano al educador– de

<sup>21</sup> Testimonio de Mons. Javier Echevarría Rodríguez, AGP, APD T-19544, p. 659, en J. MEDINA, *Álvaro del Portillo. Un hombre fiel*, cit., p. 619.

<sup>22</sup> Cfr. V. GARCÍA HOZ, *Principios de Pedagogía sistemática*, Rialp, Madrid 1960, p. 25; A. MILLÁN PUELLES, *La formación de la personalidad humana*, Rialp, Madrid 1981<sup>4</sup>, p. 27; M. GARCÍA ALMIBURU, *Aprendiendo a ser humanos. Una antropología de la educación*, Eunsa, Pamplona 1996, p. 18; F. ALTAREJOS – C. NAVAL, *Filosofía de la educación*, Eunsa, Pamplona 2011<sup>3</sup>, p. 26; O. REBOUL, *La filosofía dell'educazione*, Armando, Roma 1997, p. 22.



pretender realizar sus propios proyectos en la vida de quienes debe contribuir a formar.

#### 4. *Una educación atenta a la totalidad personal*

Puedo decir que don Álvaro, haciéndose eco de las enseñanzas de san Josemaría, nos ayudó eficazmente y de modo operativo a realizar una labor educativa centrada en la persona, en la singularidad de cada uno, y a impartir una formación y enseñanza profundamente unitarias. Recuerdo numerosas orientaciones y sugerencias al respecto, algunas las escuché directamente de don Álvaro, otras, las recibí a través de quienes más directamente colaboraban con él.

Al comienzo de ejercer la docencia, cuando concentraba casi todo el esfuerzo en el estudio y la preparación de las clases, me llamó la atención la insistencia en la proyección que debían tener todas las asignaturas, incluso las materias más abstractas como puede ser la Lógica. Ciertamente, las clases se dirigen más inmediatamente a la formación de la inteligencia, pero han de mirar también a la formación total de la persona. Con don Álvaro aprendimos no sólo a poner en relación los saberes particulares con los más universales, sino también la importancia de que cada profesor desarrollase en la propia

vida y en la propia disciplina un pensamiento cristiano. Es decir, que llegase a tener una visión sapiencial.

Nos transmitió, además, que toda una constelación de detalles, como son llegar con puntualidad al aula, exponer los contenidos de modo amable y con afabilidad, rezar por las personas que asistían a las clases, atender con solicitud las dudas y preguntas de las alumnas, dar relieve a sus comentarios, todo ello era relevante y tenía gran trascendencia educativa. En definitiva, que la verdadera enseñanza va unida a la formación integral de la totalidad personal<sup>23</sup>. Volviendo a lo que decía al inicio, don Álvaro nos enseñó a hacer de cada clase un encuentro, dando así a la lección expositiva tradicional una posibilidad mayor de marcar la vida de las personas.

Otra orientación muy clara que recibimos de don Álvaro se refiere a la mayor atención que convenía prestar a la asimilación de los estudios por parte de las alumnas. Era muy consciente de la riqueza que potencialmente contenía el plan de estudios que cursaban y, también, de la menor empatía hacia los estudios humanísticos y, más concretamente, filosófico-teológico, consecuencia –en buena

<sup>23</sup> Cfr. A. DEL PORTILLO, *L'Università nel pensiero e nell'attività apostolica di Mons. Josemaría Escrivá*, cit., pp. 107-108.



parte- de las tendencias dominantes en la cultura.

Don Álvaro procuró que se pusiesen más medios para que la formación calase. En esta línea se preocupó de que las alumnas contasen con el oportuno asesoramiento personal, y que las profesoras se mantuviesen siempre actualizadas en las experiencias pedagógico-didácticas.

Nos animaba a ir a fondo en las conversaciones sobre temas académicos. En esa tarea de tutoría y al impartir las clases, debíamos procurar afianzar las grandes ideas y, a la vez, descender a sus consecuencias prácticas. La claridad de ideas era importante, pero una realidad se comprendía no sólo cuando se conocía teóricamente, sino cuando se sabía reconocer también en las situaciones concretas<sup>24</sup>. Al cabo de los años he podido comprobar abundantemente los frutos que ha dado en la formación de muchas

---

<sup>24</sup> Alrededor de su setenta cumpleaños, en un encuentro familiar, don Álvaro glosó esta enseñanza de san Josemaría referida de modo general a la lucha por la santidad. «No basta tener claras esas grandes *ideas madres*: que somos hijos de Dios, que tenemos vocación divina, que hemos de ser fieles ... Todo esto es evidente, es necesario, es el motor de nuestra vida interior. Pero luego hemos de descender a lo concreto. Si no, ¿qué lucha es la nuestra? Si no estamos en las cosas pequeñas, no haremos bien las cosas grandes, ni seremos fieles a esas *ideas madres*. Hay que concretar la lucha en lo pequeño [...]. Esta fue la enseñanza constante de nuestro Fundador» (Á. DEL PORTILLO, Apuntes de una tertulia, en «Noticias», 1984, pp. 293-294. AGP, biblioteca, P02).

personas esta enseñanza de don Álvaro aprendida de san Josemaría.

Esta labor de preceptuación o de tutoría fue un instrumento para la formación que don Álvaro impulsó vigorosamente en otros ámbitos académicos, como pude comprobar en mis estancias en la Universidad de Navarra y en las conversaciones con colegas de otras universidades como La Sabana (Colombia), Panamericana (México), Austral (Argentina) y Piura (Perú), entre otras. San Josemaría nos había enseñado a tratar a las personas una a una, como se trabaja una joya preciosa. Don Álvaro nos mostró en muchos modos cómo la verdadera educación es necesariamente personalizada. No podemos referirnos de modo genérico a la persona, sino a "una" persona, que tiene ciertamente elementos comunes de humanidad, pero a la vez, singulares, rasgos de identidad diferentes y únicos.

Para poder llegar con profundidad en la formación de las alumnas había que pensar primero en las profesoras. Don Álvaro mostraba gran reconocimiento por su trabajo. En una ocasión, ante un público de estudiantes universitarios recordó una anécdota de Alejandro el Magno, de quien se cuenta que oía entusiasmado a su maestro Aristóteles.

«Alejandro le trataba  
con mucho cariño, tanto que



una vez le dijeron: –Parece que aprecias más a Aristóteles que a tu padre, el rey Filipo de Macedonia. Y Alejandro –sin superar el concepto pagano de la vida, pero con gran nobleza de ánimo– respondió: –Sí, porque mis padres me trajeron a la tierra, pero Aristóteles, con su doctrina, me ha llevado de la tierra al cielo»<sup>25</sup>.

Este modo de ver la tarea docente nos llevaba a reflexionar con frecuencia sobre el alcance de nuestro trabajo, sobre la incidencia de las técnicas y metodologías que utilizábamos, sin quedarnos únicamente en una evaluación de los contenidos aprendidos o del nivel de expresión.

Limitándome a la formación intelectual en el Centro Internacional de Estudios Villa delle Rose y en su continuación en Villa Balestra, don Álvaro siguió muy de cerca la preparación profesional de las profesoras. No escatimó medios: aprobó que se aumentara el presupuesto de la biblioteca, procuró que pudiésemos disponer del oportuno asesoramiento académico, impulsó nuestra participación en Congresos y la colaboración con instituciones educativas de otros países. Sobre

---

<sup>25</sup> Á. DEL PORTILLO, Apuntes de una tertulia, en «Noticias» 1977, p. 556 (AGP, biblioteca, P02).

todo, promovió la formación filosófica que se recibía en el Centro Internacional de Estudios Villa delle Rose. Hasta 1989 (fecha en la que cesó la actividad del Instituto Internacional de Ciencias de la Educación), sin dejar de cumplirse los requisitos que exigía la Universidad de Navarra para este título, los programas de estudio incrementaron los contenidos filosóficos.

La filosofía de la educación y las disciplinas filosóficas tradicionales (Metafísica, Ética, Lógica, Antropología) en sus dimensiones sistemática e histórica, ocuparon más horas lectivas.

Este cambio pidió mayor esfuerzo, tanto por parte del profesorado como de las alumnas. Algunas de las profesoras, como era mi caso, proveníamos de estudios científicos, por lo que, al inicio, el cambio podía resultar algo más arduo. Don Álvaro nos enseñó a afrontar ese desafío transmitiéndonos algo que tenía bien experimentado: poner empeño en hacer rendir al máximo el tiempo y confiar en Dios que, cuando la dificultad es mayor, prodiga también mayores gracias<sup>26</sup>.

---

<sup>26</sup> Sobre su sentido del aprovechamiento del tiempo –más exactamente, de su urgencia por hacer el bien para gloria de Dios– se encuentran numerosos detalles en las biografías de don Álvaro citadas en la nota 3.



##### 5. *Algunas orientaciones y enseñanzas sobre la formación intelectual filosófico-teológica*

Si hubiese que indicar una característica de su estilo educativo, pienso que podría mencionarse la profundidad. Don Álvaro apuntaba alto y profundo. Me he referido en el apartado 3 a una visión de la educación desde la perspectiva vocacional, la más radical de la persona humana. En aspectos más concretos o particulares de la tarea educativa también procuraba ir siempre a la raíz, o ayudar a que las personas llegasen a sacar las últimas consecuencias<sup>27</sup>.

Recuerdo la incisividad y el detalle con el que se nos mostraba la importancia de la formación filosófica. Indudablemente, don Álvaro tenía en cuenta su relevancia para los estudios de Teología. Pero entendía también su necesidad para dar solidez, cualquiera que fuese la situación o actividad de una persona. En efecto, la formación filosófica ayuda significativamente a examinar críticamente los propios presupuestos mentales, a identificar y afrontar problemas de los que quizá no se era consciente, a individuar los valores y creencias subyacentes, sin dejarse llevar por modas pasajeras, ni por curiosidades superficiales. Junto con esto, el estudio de la filosofía permite establecer puentes de

<sup>27</sup> Cfr. H. DE AZEVEDO, *Misión cumplida. Mons. Álvaro del Portillo*, cit., p. 31.

unión entre la propia actividad y las ideas dominantes en la cultura, y relacionar los diversos saberes, en particular, las ciencias con la teología, dotando al pensamiento de mayor consistencia. Alentaba en este planteamiento una fuerte sensibilidad apostólica, con la conciencia de que sólo llegando a las raíces antropológicas y religiosas de la realidad era posible comprender con hondura la crisis por la que atravesaba la sociedad del momento y encontrar caminos eficaces de mejora.

Los estudios de filosofía eran uno de los medios para realizar lo que san Josemaría indicaba como finalidad de la educación: formar «cristianos verdaderos, hombres y mujeres íntegros capaces de afrontar con espíritu abierto las situaciones que la vida les depare, de servir a sus conciudadanos y de contribuir a la solución de los grandes problemas de la humanidad, de llevar el testimonio de Cristo donde se encuentren más tarde, en la sociedad»<sup>28</sup>.

El 19 de marzo de 1992, en un encuentro familiar con don Álvaro en Roma, una de las presentes mencionó que estaba haciendo un curso de perfeccionamiento en Filosofía. Don Álvaro aprovechó la ocasión para hablar de la importancia de formarse bien en este campo. Dirigiéndose a la que había preguntado, comentó: «Trabaja con

<sup>28</sup> SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, Rialp, Madrid 1973<sup>6</sup>, n. 28.



mucha ilusión para formar buenos filósofos –y buenas filósofas–. Porque con buenos fundamentos se puede construir después todo lo demás; de lo contrario, la Teología, por ejemplo, se puede desviar; por eso hay ahora tantos errores en el mundo»<sup>29</sup>.

La necesidad de una seria formación filosófica fue también tema recurrente en el magisterio de Juan Pablo II, hasta cristalizar en 1998 en la Encíclica *Fides et ratio*. Recuerdo de modo particular el discurso que pronunció en la visita a una parroquia romana. Dirigiéndose a religiosos y sacerdotes decía: «Nuestro tiempo exige ante todo profundas convicciones filosóficas y teológicas. Muchos naufragios en la fe y en la vida consagrada, pasados y recientes, y muchas situaciones actuales de angustia y de perplejidad tienen origen en una crisis de naturaleza filosófica. Es necesario cuidar con extrema seriedad la propia formación cultural»<sup>30</sup>.

Los estudios de filosofía y –a fortiori– de teología cumplían esa función de dar solidez a la propia vida de fe, potenciando en cada cristiano el diálogo entre la razón y la fe, para prolongarlo después en el diálogo con los demás, en términos adaptados a la cultura del propio tiempo.

<sup>29</sup> Á. DEL PORTILLO, Apuntes de una tertulia 19-III-1992, en «Noticias» 1992, p. 287 (AGP, biblioteca, P02).

<sup>30</sup> JUAN PABLO II, *Discurso*, 28-X-1979, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, II, 2 (1979), pp. 995-996. La traducción es mía.

Juan Pablo II, en continuidad con las enseñanzas del Concilio Vaticano II y con el magisterio de los Pontífices precedentes, insistió en la necesidad de acudir a los escritos de santo Tomás de Aquino para encontrar en ellos un principio seguro para la edificación de la doctrina cristiana<sup>31</sup>.

En lo que se refiere a la enseñanza de la filosofía y de la teología, don Álvaro veló para que se siguiesen las orientaciones del magisterio, tal como se recoge en los Estatutos del Opus Dei. Concretamente nos estimuló a estudiar la doctrina de santo Tomás. En su intervención durante el IX Congreso Internacional Tomista, decía:

«El impulso dado por el Papa, me trae a la memoria –con reconocimiento filial– la petición que el Siervo de Dios Mons. Escrivá dirigía a sus hijos en el Opus Dei: seguir fielmente, sin formar por este motivo una escuela filosófica o teológica particular, las indicaciones de la Iglesia sobre santo Tomás en el estudio y en la enseñanza. En concreto, él insistía en la necesidad de “cultivar la doctrina del Doctor Angélico, del mismo modo en que él mismo la cultivaría hoy si

<sup>31</sup> Cfr. JUAN PABLO II, *Discurso* 28-X-1979.



viviese" (Josemaría Escrivá, *Carta*, 9-I-1951, n. 22)»<sup>32</sup>.

Con la recomendación de estudiar la doctrina de santo Tomás está vinculado un detalle no sólo anecdótico: el 23 de abril de 1976, don Álvaro regaló una edición importante de la *Opera Omnia* de santo Tomás para el Centro Internacional de Estudios Villa delle Rose. Un mes después, cuando vino a Villa delle Rose, le agradecemos el regalo.

«Os la mando no para que la tengáis ahí, como un *soprammobile*, como una cosa bonita de adorno, sino para que la empleéis. Si leéis bien a santo Tomás y procuráis hacer oración sobre las consideraciones que expone, iréis muy seguras. Nuestro Padre [san Josemaría] lo ha recomendado con mucha frecuencia, y en nuestro Derecho peculiar ha mandado repetidamente que no nos apartemos de santo Tomás.

<sup>32</sup> Á. DEL PORTILLO, *L'attualità di san Tommaso d'Aquino secondo il magistero di Giovanni Paolo II*, en «Atti del IX Congresso Tomistico Internazionale», Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1991, vol I, *San Tommaso d'Aquino Doctor Humanitatis*, pp. 83-96. Recogido en *Rendere amabile la verità. Raccolta di scritti di Mons. Álvaro del Portillo*, ATENEUM ROMANO DELLA SANTA CROCE (editore), Libreria Editrice Vaticana, 1995, pp. 412-413. La traducción al castellano es mía.

Así que, si nuestro Padre había indicado esto, era lógico que yo os enviase ese regalo con tanto cariño»<sup>33</sup>.

Estas y otras orientaciones nos permitieron trabajar desde una plataforma firme, a la vez que con gran apertura a la verdad, hacia todo verdadero logro de la inteligencia. Los programas que se prepararon en aquellos años fueron rigurosamente filosóficos y profundamente prácticos. En ellos, de acuerdo con la mejor tradición clásica y cristiana, estaba presente una visión de la formación intelectual entendida como capacitación de la inteligencia para conocer la verdad y afirmar a la persona en aquellas convicciones y actitudes de fondo necesarias para orientar rectamente la conducta<sup>34</sup>. La filosofía de la educación comprendía, además y muy principalmente, la formación

<sup>33</sup> Á. DEL PORTILLO, Apuntes de una tertulia, 23-V-1976, en «Noticias» 1976, p. 52 (AGP, biblioteca, P02).

<sup>34</sup> «El bien de cada cosa es su fin; y, por tanto, siendo la verdad fin de la inteligencia, conocer la verdad es el acto bueno del entendimiento» (SANTO TOMÁS DE AQUINO, S Th I-II, q.56, a. 3, ad 2). «El bien y la verdad, objetos respectivos de la voluntad y del intelecto, difieren, sin duda, conceptualmente; pero no obstante, se contienen mutuamente [...], pues la verdad es un bien y el bien una verdad. Por eso, las cosas que pertenecen a la voluntad caen bajo la acción del entendimiento, y las propias del entendimiento pueden entrar en el dominio de la voluntad» (SANTO TOMÁS DE AQUINO, S.Th. I, q. 87, a. 4, ad 2). Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, CG III, c. 107. Cfr. J. MARITAIN, *L'educazione al bivio*, La Scuola, Brescia 1984, pp. 25-27; J. MARITAIN, *L'educazione della persona*, La Scuola, Brescia 1980, pp. 443-44 y 109.



de la libertad y la promoción de las virtudes, sin las cuales la luz de la verdad quedaría inoperante.

En coherencia con ese planteamiento global, la enseñanza de la historia de la filosofía gravitaba también en torno a la verdad. El hilo conductor de esta disciplina, a veces invisible pero profundamente operante, era la pregunta, ¿hasta qué punto este filósofo alcanzó o se acercó a la verdad de las cosas? ¿Se ha mostrado fecundo el camino que emprendió? En este enfoque subyace una consideración de la historia de la filosofía como búsqueda de la verdad y, por tanto, su exposición debía mostrar el itinerario recorrido por los filósofos en su esfuerzo por alcanzarla. Este tratamiento permite poner en evidencia las posibilidades y límites del intelecto humano en su empeño por conquistar la verdad filosófica, a la vez que presenta posibles soluciones a los riesgos que comporta asumir determinadas posiciones<sup>35</sup>.

Sobre la formación intelectual en su relación con los otros aspectos de la educación puedo destacar otros dos elementos. En primer lugar, si la formación intelectual se verifica en la medida en que el entendimiento va siendo progresivamente

<sup>35</sup> Estas y otras consideraciones quedaron reflejadas en algunas publicaciones de los profesores. Me permito remitir a un breve escrito que presenté en un Congreso de Filosofía: *Correlazione "metodo-potenziale educativo" nell'insegnamento della storia della filosofia*, «Per la Filosofia» 20 (1990), pp. 83-90.

actualizado por la verdad, se comprende fácilmente que las verdades poseídas por la fe tienen consecuencias muy relevantes para la formación de la inteligencia. La luz de la fe ilumina no sólo un sector, sino todos los ámbitos del saber y de la existencia. El impulso de don Álvaro en esta dirección, me llevó a investigar sobre las relaciones de las ciencias con la filosofía y la teología, reflexiones que, además de transmitir las de algún modo a través de la docencia, especialmente a las alumnas provenientes de carreras científicas, cristalizaron en algunas publicaciones<sup>36</sup>.

En el prólogo a una obra que versa sobre los problemas planteados por la ciencia, refiriéndose a la importancia de la ciencia en la actualidad y a la ambigüedad con la que son presentados y divulgados sus logros, escribía don Álvaro: «En estas circunstancias reviste gran interés el esfuerzo por mostrar la coherencia entre el

<sup>36</sup> Entre otras, me permito mencionar: *Verso una visione trascendente della scienza*, en: *La Salvezza oggi*, Urbaniana University Press, Roma 1989, pp. 499-508; *Fe y mentalidad científica*, Epalsa, Madrid 1992; *A New Era for a Dynamic Link between Science and Theology*, en *Origins, Time and Complexity* (part II) Labor et Fides, Gèneva 1994, pp. 302-308; *La apertura humanística de la ciencia*, «Sapientia» 227-228 (2010), pp. 205-217; *Las aperturas de la razón científica. Del cierre positivista a la sensibilidad actual*, «Pensamiento y Cultura» 14 (2011), pp. 49-62; *El paso del fenómeno al fundamento en el libro de F. Collins 'The Language of God'*, en A. PORRAS (editor), *Fede e ragione. Le luci della verità. In occasione del decimo anniversario dell'enciclica 'Fides et ratio'*, Edizioni Santa Croce, Roma 2012, pp. 201-202.



progreso científico, la reflexión filosófica y la religión, especialmente en lo que se refiere a la persona humana y a los valores éticos. Aunque no resulta difícil atisbar que esa coherencia debe existir, es más difícil mostrar cómo se realiza descendiendo a los problemas concretos». Y concluía: «Trabajando en esta perspectiva será posible formular los principios ético-antropológicos con una amplitud tal que ofrezca respuestas coherentes con la Revelación a los nuevos y a veces difíciles problemas planteados por los rápidos cambios científicos, técnicos y sociales, característicos de nuestro tiempo»<sup>37</sup>.

Un último aspecto al que voy a referirme es el de lo que podríamos llamar “dos teclas” que don Álvaro pulsó siempre simultáneamente: la de la formación profesional en la carrera civil que cada uno hubiese realizado, y la de la formación doctrinal-religiosa en la que, siguiendo las indicaciones de san Josemaría, había que poner igual o mayor empeño.

Siempre agradeceré el estímulo que recibí para mantener vivo el contacto con los estudios de Biología que realicé antes de incorporarme al Colegio Romano, a la par que para seguir profundizando en el conocimiento teológico.

Nuevamente don Álvaro hacía eco

---

<sup>37</sup> Á. DEL PORTILLO, Prólogo al libro de M. ARTIGAS, *El hombre a la luz de la ciencia*, Epalsa, Madrid 1992, pp. 5 y 8.

en este punto a las enseñanzas de san Josemaría. En relación con el estudio de la teología, don Álvaro insistió con frecuencia en la importancia –muy especialmente en este caso– de convertirlo en oración. En una carta sobre la formación doctrinal, escribía:

«No olvidéis lo que os señalaba al principio de estas líneas: toda la formación se encamina a amar más a Dios y a llevarle almas. Tener una doctrina teológica más honda debe servirnos para tratar más a Nuestro Señor, y ha de expresarse en una vida de oración más intensa. Por eso nuestro Padre nos pedía que estudiemos la doctrina católica en todos sus niveles –catecismo, cursos de profundización, estudios filosófico-teológicos– con el deseo de convertirla en materia de oración, y la oración en vida, en comportamiento recto, en lucha diaria»<sup>38</sup>.

En esta misma carta, dirigida a los fieles de la Prelatura, don Álvaro recoge unas palabras de san Josemaría, que nos quedaron profundamente grabadas: «la

---

<sup>38</sup> Á. DEL PORTILLO, *Carta 1-VII-1989*, en *Rendere amabile la verità. Raccolta di scritti di Mons. Álvaro del Portillo*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1995, p. 168.



teología se estudia bien cuando la materia de estudio se hace materia de oración»<sup>39</sup>. Y concluye: «Sigamos siempre este consejo de nuestro Fundador, tan experimentado en la Iglesia a lo largo de los siglos [...]».

Si la ciencia teológica no se abriese al amor de Dios, quedaría estéril»<sup>40</sup>.

Soy plenamente consciente de haber referido sólo una pequeñísima parte del riquísimo legado sobre la formación que dejó don Álvaro a las alumnas y profesoras del Centro Internacional de Estudios Villa delle Rose y luego, en Villa Balestra. Un legado no sólo teórico, sino vital y de impulso vigoroso, con la fuerza que, de suyo, tienen el bien y la verdad.

Muchas cosas han cambiado y seguirán cambiando en la sociedad. La educación encontrará nuevos cauces y estrategias. Pero el núcleo de las enseñanzas de don Álvaro, en cuanto expresión de lo radical humano y cristiano, será siempre actual.

---

<sup>39</sup> Á. DEL PORTILLO, *Carta 1-VII-1989*, en *Rendere amabile la verità*, cit., p. 168. En esta carta las palabras de san Josemaría remiten a un encuentro familiar que tuvo lugar el 21 de febrero de 1971.

<sup>40</sup> DEL PORTILLO, *Carta 1-VII-1989*, en *Rendere amabile la verità*, cit., pp. 168-169.

## ALVARO DEL PORTILLO EN SU TRATO CON PIO XII, JUAN XXIII, PABLO VI, JUAN PABLO I Y JUAN PABLO II

Antonio Ducay

Monseñor Álvaro del Portillo tuvo la fortuna de conocer y tratar a cinco papas: Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II. Supo captar de modo especial su atención y su afecto. Inspiró confianza y se ganó su confianza.

Su paso por las oficinas y despachos del Vaticano y luego, años después, por el aula conciliar en tiempos del Vaticano II, dejó una huella de cordialidad, de profundidad teológica y de un hombre abierto al diálogo.

En esta exposición nos centraremos en este aspecto particular de la vida de Álvaro del Portillo. Se relatan algunas situaciones concretas, que muestran lo que fue Álvaro del Portillo en su trato con los cinco Sumos Pontífices que tuvo la singular fortuna de conocer.

Siempre se mostró como hijo fiel de la Iglesia y del Papa, del hombre a quien en ese momento concreto de la historia le cabía la responsabilidad grande de conducir la barca de Pedro.